

## Un pensamiento en los bordes

LAURA MALOSETTI COSTA

Detrás de una memoria prodigiosa y una erudición que parece no tener límites, hay en José Emilio (Gastón) Burucúa un intelectual dueño de un pensamiento original difícil de aprehender en unas pocas líneas, pero vale la pena el intento.

Desde su regreso a la Argentina tras años de sufrimiento y una larga estancia de estudio en Florencia, Gastón volvió a la Facultad de Filosofía y Letras de la posdictadura como el soplo intenso de algo nuevo. Traía teoría. Algo que fue recibido entonces con avidez: instrumentos para pensar, nada menos. Discusiones que podían empezar en la pintura del techo del Gesù en Roma, las máquinas de dibujar en perspectiva o el impacto del espacio americano en los primeros europeos que lo escribieron, podían terminar en cualquier lugar de aquel presente.

Su figura introdujo un puente nuevo en el espacio que separaba a los historiadores (así, en un genérico que incluye a todos) de los historiadores del arte. Yo sentí por primera vez la certeza de que no había errado en mi elección: no se trataba – como más de una vez tuve que escuchar – de un pasatiempo de gentes ociosas y elegantes. Los historiadores del arte podíamos pensar el mundo y sus grandes traumas desde un lugar original y – con las herramientas adecuadas – tal vez ayudar a cambiarlo.

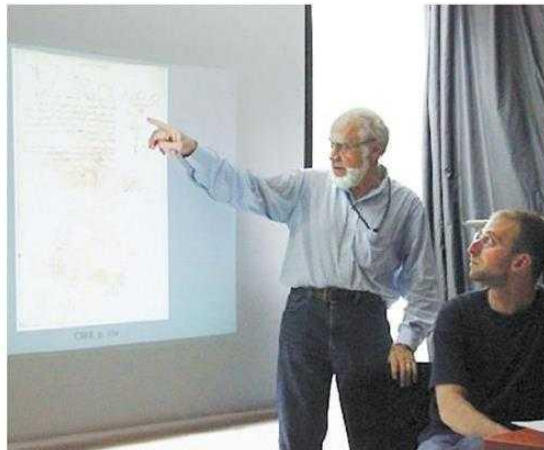
Burucúa creó aquella cátedra que faltaba: Teoría e Historiografía de las Artes Visuales. Sin embargo, nunca perteneció del todo a ninguna de las dos disciplinas, y es probable que no pertenezca a ninguna. Dirigió carreras, institutos, bibliotecas en la UBA, refundó el taller TAREA en el actual instituto de investigación de la UNSAM; es el maestro más generoso que conozco. Pero su figura es siempre bastante esquiva en términos disciplinares. Siempre está en los bordes, atendiendo a zonas difíciles de enfocar, entre el arte (todas las artes), la ciencia, la historia, la filosofía, y la

gran ambivalencia entre las imágenes y los textos. Por eso, tal vez, la impronta warburgiana de su pensamiento. Burucúa introdujo en la Argentina en aquellos años 80 los textos del gran pensador alemán de los albores del siglo XX, por entonces ignorado en nuestro medio y casi universalmente olvidado. Tradujo algunos de sus textos fundamentales por primera vez, nos vinculó con los estudios e investigaciones del Instituto Warburg de Londres.

Cambian sus objetos de interés, cambian los temas, pero esa matriz warburgiana permanece en su pensamiento con una densidad siempre sorprendente. Hoy, que las abundantes secuelas de las exposiciones de Georges Didi-Huberman han instalado una cierta moda de libres asociaciones y expansiones imaginativas invocando la ambigüedad omniabarcadora de su Atlas Mnemosyne, el pensamiento de Burucúa recupera la profunda raíz humanista de Warburg. En este sentido, creo que el gran asunto que articula su pensamiento es el lugar de lo aparentemente simple, marginal, liviano y sin importancia como motor de aquellos grandes cambios en las culturas que tienden a mejorarlas, a hacerlas más felices, menos violentas e injustas. La suya es una historia de sabios y marmitones, de eruditos y bufones, de viajeros culturales, de la risa y todos sus matices, de ventanas insospechadas que iluminan zonas oscuras de la existencia de los hombres. Hasta las más oscuras.

El mismo es un sileno, un extraño viajero de la cultura que mantiene una radical y auténtica capacidad de asombrarse y aprender, de todo y de todos. Pero además – desde mi punto de vista es ese su legado más valioso a la cultura argentina – mantiene intacta su capacidad de tomar grandes distancias y ofrecer, a veces como un breve destello, o como un juego, instrumentos nuevos para pensar los problemas de siempre.

L. Malosetti Costa es Doctora en Historia del Arte y profesora (UNSAM).



Un viajero de la cultura. Burucúa mantiene una radical capacidad de asombro.